

## Tribuna abierta

# Covid-19, virus de compañía



POR Enrique Zuazua

**Nuestros gobernantes habrán de tomar buena nota de que el virus ha venido para demostrar que la red que hilvana el mundo globalizado no solo sirve para sustentar el comercio, sino que también compromete nuestro bien más codiciado, la salud**

**L**OS que vivimos en otro país e idioma, en el anonimato, adoptamos inconscientemente una actitud ausente, de forastero, que nos garantiza un aire de invisibilidad. Y eso nos da ventaja como testigos.

El otro día, esperando en la cola del supermercado, respetando el medio y metro de distancia, quienes me antecedían hablaban en español y lo hacían acerca del virus, claro. La charla cambió de tono cuando uno de ellos utilizó la palabra “viralidad” y el otro le preguntó qué era eso. “Virilidad en femenino” fue la respuesta y se echaron a reír contagiosamente. Aguanté, sin poder recurrir al viejo truco del pañuelo que permite ocultar la risa en un gesto de aseo. Habría sido considerado un ciudadano sintomático. Y, mientras aguardaba mi turno, me acordé de otros episodios que, igualmente intrascendentes, han quedado en mi memoria. Días atrás, hablaba por teléfono con una de esas personas queridas cuya lucidez merma y, preguntándole por el virus, me respondió que “no había visto ninguno”. Pensé que tal vez se lo imagina como a los zombis de película. También hace poco, una colega me contaba que su madre en Brasil dice que ahora entiende la ciencia porque en la televisión ve los programas de un pastor de verbo fácil y mediático de la Iglesia de la Cienciología. Algo así me ocurrió cuando un amigo de la infancia me dijo que, leyéndome en prensa, entendía las Matemáticas que se le daban tan mal en la escuela. Agradecido por el halago pensé que en realidad pocas Matemáticas hay en los textos a los que aludía. Tampoco olvido a mi viejo amigo que hace ya mucho defendió su tesis doctoral en Periodismo. Un día, en una entrevista de trabajo, le preguntaron en qué consistía ser Doctor en Periodismo y respondió que se trata de un “médico que cura periodistas”. La respuesta fue dada por buena. No sé si consiguió el empleo, pero no parece que el entrevistador pudiera asegurar un proceso de selección eficaz.

Son pasajes que me recuerdan también al viejo y exitoso lema publicitario: “Pulpo, animal de compañía”. Lo cierto es que la palabra “viralidad”, derivada de “viral”, desde hace tiempo forma parte de nuestra jerga cotidiana. En las redes sociales ha encontrado su mayor utilidad para calificar los mensajes que rápidamente se propagan, vistos y leídos por miles, tal vez incluso por millones de personas, sin que eso presuponga la veracidad del contenido o su relevancia. Se puede, en efecto, ser viral y

a la vez falso, irrelevante o vacío. De hecho, si algo caracteriza a las redes es que los contenidos de mayor extensión y profundidad, los más reflexivos, a menudo son completamente ignorados. Ser viral exige ser breve y a la vez asegura ser pasajero y efímero.

La música de Bach difícilmente será viral pues es uno de los elementos de nuestra civilización que deberíamos de llevarnos en el baúl si hubiéramos de salvarla.

Pero no estamos ahí.

Lo viral en esta ocasión ha adoptado una forma completamente inesperada y, en lugar de prender en las redes, ha sido el invisible determinante que ha conducido al colapso de nuestra sociedad y economía.

El año 2020 pasará a la historia como “el año del virus”. Difícilmente otro acontecimiento conseguirá más protagonismo.

Incluso si llegase la tan ansiada vacuna, digna del Nobel, no dejará de ser “la vacuna contra el virus”. En el 2020 el virus no se hizo carne, pero sí que empezó a habitar entre nosotros, cambió nuestras vidas y se apoderó de algunos de nuestros más queridos y de otros muchos que anónimamente se despidieron antes de tiempo.

Y constituye un reto en toda regla, a todas las escalas: en lo personal, familiar, laboral y en la gobernanza mundial.

Hay quien opina que, cuando amaine, todo volverá a la normalidad anterior, a los besos

y los abrazos, a la gente confiada agolpada en los bares. Pero hay también quien anticipa que nuestros hábitos cotidianos cambiarán para siempre, que aumentará la cautela y la distancia interpersonal irreversiblemente. Esos posibles cambios nada tendrán de malo si, quien realmente lo necesita, llegado el momento, puede encontrar el abrazo fraternal que desea, el hombro en el que posar su cabeza, la solidaridad de un plato de sopa y un rincón donde lavarse y descansar y unas manos que corran el telón de sus párpados cuando la vida se le escape definitivamente.

Lo que es seguro es que nuestros gobernantes habrán de tomar buena nota de que el virus ha venido para demostrar que la red que hilvana el mundo globalizado no solo sirve para sustentar el comercio, sino que también compromete nuestro bien más codiciado, la salud.

Europa habrá de asumir que, si quiere seguir siendo nuestro proyecto común, ha de encontrar un consenso firme ante una pandemia que, si bien ha prendido más fuerte en el sur, es cosa de todos. Como la desertificación, es de origen sureño, pero avanza decididamente hacia el norte y sería absurdo esperar a que el frente parase antes de que la población quedase acorralada a las orillas del Mar del Norte. El virus ha mostrado gran capacidad de propagación,

también más allá de los océanos.

Y no es realista, no, confiar en encontrar la salvación bajo el mar o en otro planeta.

En estos días, el poder y el mando se han redistribuido. La necesidad de hacer frente de manera ágil a la pandemia ha servido para justificar la concentración en la toma de decisiones. España ha sido un ejemplo de ello y la ciudadanía ha aceptado la nueva situación. ¿Puede un Estado permitirse el riesgo de que algunas de sus regiones yerren en la gestión de la crisis? Sin embargo, son muchos los que piensan que la acción habría sido más ágil y eficaz de haberse gestionado desde las autonomías.

En la tensión entre la gobernanza *global* versus *local* la primera ha ganado la partida, pero sólo hasta la dimensión de los estados. Al llegar a sus fronteras, la dinámica de centralización ha quedado varada, como demuestra la dificultad europea a la hora de dar una respuesta global y unificada al reto. Ojalá se consiga pues, miro el mapa, y sigo viendo que vivimos en Europa.

La solución, sin duda, ha de venir de un compromiso entre las decisiones globales firmes y sensatas, basadas en un análisis científico riguroso de la pandemia y de la sostenibilidad político-económica de la Europa de los ciudadanos y de la gestión estricta ágil y eficaz a nivel local. Parece que, tras semanas de dudas, empezamos a avanzar en esa dirección.

Las consecuencias en el devenir de la política, en todas sus dimensiones, no se harán esperar. Los nacionalismos y regionalismos tendrán menos espacio pues el virus ha demostrado que las diferencias entre unos y



# Transformemos la solidaridad en pandemia

POR Miren Saiz, Eneko Calle y Jesús González Pazos

**F**ENÓMENOS como la pandemia generada por el covid-19, así como la profunda crisis capitalista sobre la que esta cabalga, ponen en cuestión todo lo que creíamos asentado. Los sentidos comunes se ponen bajo una nueva lupa y los significados de las palabras cambian. “Solidaridad”, uno de los conceptos más trillados en estos días, también parece mutar.

Vemos así como la solidaria Unión Europea inunda los mercados de dinero para los bancos y grandes empresas mientras se muestra timorata a la hora de decretar ayudas –ni siquiera bonos de deuda– en favor de los países y sectores más castigados. Asistimos con estupor al lamentable espectáculo de países negándose a exportar material sanitario estratégico, convertido en un bien de constante mercadeo. Comprobamos cómo los Estados Unidos desnudan las vergüenzas de su ultraliberalismo, convirtiéndose en el epicentro de la catástrofe, mientras no deja de amenazar a Venezuela con una invasión militar bajo acusaciones sin sentido incluso en un contexto crítico como el que se vive. Constatamos el apagón informativo sobre el impacto de la pandemia en África, Asia y América Latina, abandonadas a su suerte por las grandes potencias que únicamente se miran el ombligo. Nos alarmamos, a su vez, con la pérdida de libertades y auge del autoritarismo durante el confinamiento, en una deriva planetaria que va desde los abusos policiales en Bilbao, especialmente graves hacia la población racializada, hasta el asesinato sistemático de todavía más líderes y lideresas sociales en Colombia, entre otros países, pasando por la orden de tirotear a la población filipina que no respete el confinamiento. Al mismo tiempo, comprobamos cómo Cuba es capaz de enviar brigadas sanitarias a Lombardía (Italia) para enfrentar al coronavirus desde una perspectiva internacionalista, al igual que hacen otros países como Albania, China y Rusia. Vemos cómo dicho país caribeño no ha dudado en poner en marcha la *operación Braemer* para llevar a casa a los turistas del Reino Unido atrapados en un ferry que nadie quería permitirle atracar; cómo manteros y manteras de Barcelona están produciendo mascarillas para colaborar en estos momentos difíciles, al igual que la empresa de Gaza Queen Tex, dispuesta incluso a enviarlas a Israel si fuera necesario; cómo jóvenes magrebíes colaboran en facilitar el día a día de personas especialmente vulnerables en el bilbaino barrio de Otxarkoaga. De este modo, y en estos momentos difíciles, se muestra a las claras qué es la solidaridad. La solidaridad débil, esa que se ejerce únicamente desde una posición de poder, que no cuestiona el conjunto, que habla de “los otros” y de “las otras” pero sin comprometerse, que pretende ayudar sin enfangarse, es la que hoy se convierte directamente en insolidaridad. Y resurge, en sentido contrario, una solidaridad fuerte que, a pesar de los contextos muy diversos y de las relaciones asimétricas, entiende que todas y todos somos profundamente interdependientes, que a proble-



mas globales soluciones globales, y que no hay “otros” ni “otras”, sino un compromiso y un horizonte común con personas de carne y hueso, comunidades y pueblos que son también “nosotras”. La solidaridad internacionalista vasca siempre lo ha entendido así, como un proceso de ida y vuelta. Nos hemos comprometido con otras realidades y hemos recibido también el apoyo de otros pueblos. Hemos ofrecido lo que teníamos, a la vez que hemos acumulado aprendizajes de otras latitudes. Hemos tejido redes que, hoy en día, constituyen pilares sobre las que enfrentar estos duros momentos. No obstante, no es suficiente, debemos aprender mejor lo estratégico de la solidaridad en este momento. Confesamos que a pesar de esa visión de la solidaridad, nuestra ubicación en el mundo nos situaba en cierta posición de privilegio que miraba al resto del planeta sabiendo que, pese a las desigualdades y catástrofes a escala global, estas no nos alcanzarían en similar medida que a los pueblos del Sur Global. Pero llegó la pandemia y, además del coste en vidas humanas que está suponiendo, ésta ha situado en la cuerda floja la práctica totalidad de los postulados del sistema dominante, enfrentándonos de cara a ellos de manera directa y virulenta. De la noche a la mañana percibimos que no somos intocables; que nuestros sistemas de salud o de atención social, gracias a los procesos privatizadores, son más vulnerables de lo que nunca imaginamos; que los mercados garantizan ganancias,

desigualdades e insostenibilidad, pero en absoluto bienestar para las mayorías sociales; que lo público no sólo no es un pozo de ineficiencia y corrupción, sino que es el último refugio frente a situaciones como las que vivimos; y que la solidaridad real está en los pueblos y personas especialmente azotadas por el sistema dominante. Por todo ello, acabemos con nuestros vestigios de solidaridad débil y reincidamos en una solidaridad fuerte. La clase trabajadora en sentido amplio y los pueblos de este planeta o nos salvamos todos y todas, o no se salva nadie. Nuestra lucha es aquí contra gobiernos que anteponen el beneficio a la vida, contra una Unión Europea fortaleza, contra unos Estados Unidos imperialistas, contra unas empresas transnacionales voraces. Pero, recordemos siempre que esa lucha está imbricada directamente con las mismas luchas de las comunidades colombianas, de las caravanas de migrantes centroamericanos, de refugiados subsaharianos o sirios, de empleadas del hogar de Nicaragua, de las y los gazatíes que llevan años confinados, del pueblo kurdo o del cubano bloqueado. Hoy la solidaridad es más necesaria que nunca, una solidaridad en el fango, en la lucha, en el abrazo y la sonrisa en favor de un mundo mejor, sin capitalismo, ni heteropatriarcado, sin colonias ni racismo, verdaderamente justo y democrático para las grandes mayorías y no solo para las minorías adineradas. ●

\* Plataforma Elkartasuna Eraldatuz

otros son aún menos marcadas. Los neoneoliberalismos sin embargo, los euroescépticos, tendrán una sabrosa oportunidad que intentarán no desaprovechar, criticando tanto a la Unión Europea como a los gobiernos europeístas que no han sabido ver a tiempo lo que se nos venía encima.

A nivel ciudadano deberemos también estar atentos para marcar los límites de lo que es nuestra dignidad. ¿Estamos dispuestos a vivir clasificados con brazaletes en función de los resultados de un test? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Será éste el principio de una dinámica de clasificación sistemática que bordea la discriminación? ¿Aceptaremos ahora lo que en la década de los 80 y 90, cuando el sida azotaba nuestra sociedad, consideramos inadmisibles?

La conclusión será, para cada uno, la resultante de una mezcla de ideología e interés personal.

Yo tengo claro que la ciencia y la ciencia ficción nada tienen que ver y que el virus no es un animal de compañía, por mucho que haya llegado pretendiendo quedarse pues no es lo mismo un invitado que un intruso. Y, en caso de que el virus me infecte, pido que me trate un médico de los de siempre. Mientras, que cada uno haga su trabajo, en lo suyo y bien.

Todo está ya escrito. Antonio Machado lo dijo muy claro: “Si cada español hablase de lo que entiende, y de nada más, habría un gran silencio que podríamos aprovechar para el estudio”. Sigamos estudiando. ●

\* Matemático, FAU-Humboldt Erlangen, Fundación Deusto y Universidad Autónoma de Madrid

